MASTER NEGATIVE
NO. 93-81668-10

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

CRUCHAGA
SANTA-MARIA, ANGEL

TITLE:

LAS MANOS JUNTAS

PLACE:

SANTIAGO DE CHILE

DATE:

1915

Master Negative #

93-81668-10

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86C887
L

Cruchaga Santa-María. Angel C
... Las manos juntas. Santiago de Chile. Impr. universitaria. 1915.
117 p. 18½ cm.

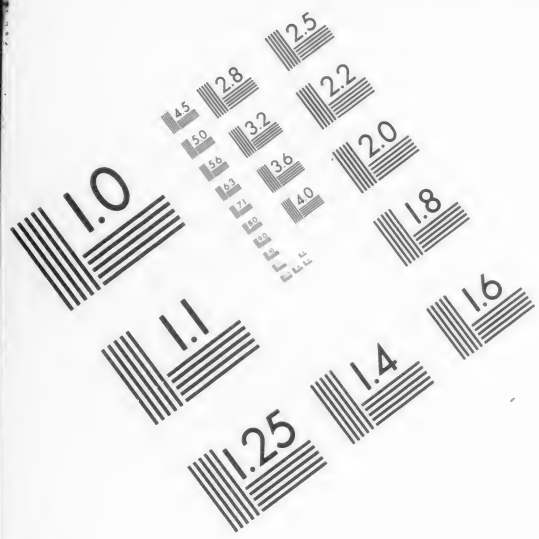
At head of title: Angel C. Cruchaga Santa-Maria.
On cover: Angel C. Cruchaga S. M.

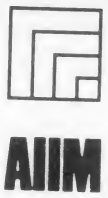
17740

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 REDUCTION RATIO: 9x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8-12-93 INITIALS SS
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT



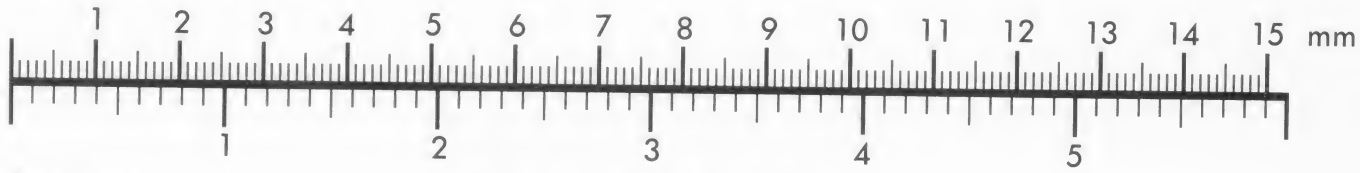


Association for Information and Image Management

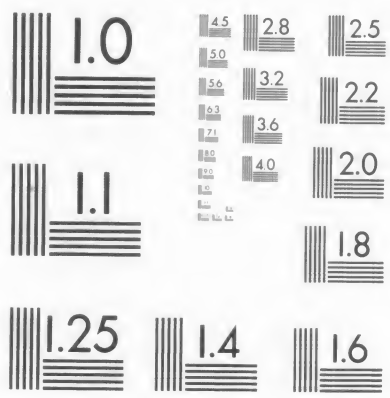
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

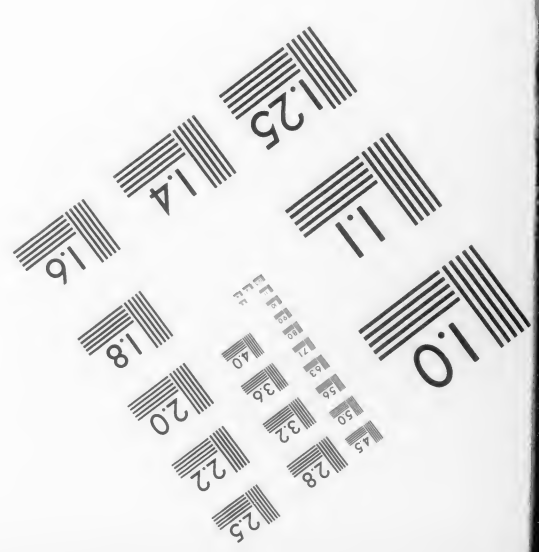
301/587-8202

Centimeter



Inches





MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Columbia University
in the City of New York
LIBRARY

Given by
F. H.

LAS MANOS JUNTAS

ANGEL C. CRUCHAGA SANTA-MARÍA

LAS MANOS JUNTAS

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA, 130
1915

86C887
L

PARA USTED...

Para usted que sonríe y es lánguida y armoniosa, como la reina de algún país florido y taciturno.

Para sus ojos enormes que están sobre mi vida exangüe y débil, quietos y seguros de algo desconocido y supremo.

Para usted, porque siento su corazón desvanecerse junto al rumor de mi espíritu difuso, que se encorva en la muerte en la actitud de un

árbol anciano, que ya no puede avanzar sus ramas hacia las constelaciones.

Acaso usted lea estos versos en los crepúsculos tercos, cuando la onda luminosa del día se disuelve en el mar obscuro.

Para sus ojos azules donde adivino el continuo abatimiento de mi madre, y el sabor a Dios que fluía de los ojos inefables y claros de la hermana muerta.

Para usted que ríe en las palabras de los niños.

Para usted...

PRÓLOGO

Este libro hondo, doloroso y nuevo—como unos ojos de mujer que al pasar se nos abrieron profundos como abismos, grandes como una desolación y que nunca vimos otra vez—está hecho con crujimientos de cerebro, con crispaciones de sensibilidad, con hálitos de alma.

Lo hizo el dolor de un enorme corazón. Su roja savia, en un fuerte y prolongado estrujamiento, se exprimió toda sobre las raíces más hondas del árbol del pensamiento y floreció en el perfume extraño y sutil de estos versos.

Toda idea es un dolor: nada nace del cerebro inmenso del universo ni del que en el hombre es su perfecta miniatura, sin que algo se estremezca, se desgarre o muera. Un cerebro en actividad es un enfermo en constante crisis. Hablo de los que han sentido el dolor de ver desvanecerse algo que era suyo, algo que en ellos fué amor, al fulgor inesperado de una nueva revelación. No hablo de los neurasténicos, de los que bebieron en vasos de oro el veneno divino de ajenos martirios. Para aquellos, toda mi admiración; para éstos, mi más profunda compasión.

Este libro es grande, porque es muy grande el mal de que padece el poeta que lo escribió, porque su mal es incurable y nada hay más formidable, ni en el misterio ni en la realidad, que un imposible. El caos es menos obscuro, porque en su fondo palpita la luz de todas las probabilidades. La nada misma es algo: un principio de germinación vital, una esperanza latente. Pero esto que está roto y aun no se ha quebrado; esto que está ya muerto y todavía palpita; esto que es vida, porque es parte integrante de la vida, y que sin embargo es rechazado

por la vida; este gemido que se quedó vibrando, este relámpago que se quedó en suspenso; esto es tan grande, que llega a ser absurdo: es como si la nada, ante la estupefacción y la impotencia de los mundos, se alzara sobre sí misma hasta ponerse delante de Dios, como un prodigio frente a otro prodigio.

De todo esto está enferma el alma de Angel Cruchaga; y mi sano escepticismo de la vida, acaso sonriera irónicamente sobre las contorsiones extrañas de este dolor, a no haberse hecho en mi cerebro y en mi espíritu la certeza de que el poeta que hoy se presenta en el alto tablado de la literatura, no es un actor: es un hombre.

Presiento, sin embargo, que en muchos labios no se quebrará la frágil elegancia de esta sonrisa.

El natural egoísmo, el amor al propio yo, llevado hasta la adoración extática, son en verdad necesarios a nuestros jóvenes intelectuales para no quedar rezagados en esta loca ascensión hácia cimas gloriosas, reales o imaginarias; pero ellos desmienten sin duda alguna la amplitud de que todos hacemos alarde. Nadie escucha a nadie; cada cual oye su propia voz y en ella tan sólo se deleita. Cuantas veces en

el tumulto de una discusión literaria, he visto desvanecerse el triunfo de una idea bellamente nueva, a los gritos de los que creían elevarse porque alzaban el tono de su voz sobre la tortura de mis nervios y de mi cerebro.

Yo sé que la comprensión de este libro no llegará a muchos espíritus por el camino ancho y luminoso levantado sobre el propio camino, surgiendo desnuda y blanca de los despojos de un total renunciamiento.

Y quizá si aun por ese camino tampoco llegara, porque para comprender la magnitud sobrehumana de este dolor, precisa haberlo sentido o adivinado y para adivinar las cosas que en nosotros todavía no han sido, es necesario haber echado a volar muchas veces por los horizontes sin confines de la vida el negro cuervo de la duda y la paloma mansa del ensueño; dos ojos enormes extraviados en la contemplación del infinito; dos alas blancas extendidas sobre la desolación del vacío, bañándose de imposible en el éter de la luna. Hay que saber de ese desgarramiento mortal que se siente cuando, una vez echado sobre el espléndido tablado del día el severo y pomposo cortinaje del crepúsculo, algo que en nuestro ser se hizo divino escapa temblando de nosotros, para reunirse a la farándula de la vida que, alucinada y loca, se marcha sin saber a donde. Y luego haber sentido que ese algo volvía a nosotros, en la onda de un perfume, de un suspiro, en las quejumbres de una canción, en las notas pierrostescas de una enferma mandolina, o flotando como estrella en las aguas azulosas de unos ojos de mujer.

Y acaso todo eso no bastara; porque cuando ese algo no volvió y la espera se fué prolongando y se hizo insomnio, fatiga, desesperación, hay que saber de esas manos, que no fueron las nuestras, y que se alzaron en la crispación de un anhelo enorme, para caer vencidas, mansas y humildes y poco a poco juntarse, como se juntaron estas manos, en la más sublime de las plegarias: la que nunca llegará hasta Dios.

Y hecho el alto y fuerte muro del silencio, sentir tan sólo el latido del propio corazón, y a su ritmo doloroso, ondulante e impreciso, ir trazando los esbozos de otro mundo; mientras sobre el cerebro, abierto como un gran oído a los ruidos exteriores,

el absurdo del análisis va filtrando su polvillo nebuloso y sutil.

Y estrujando en el vaso arcilloso y sediento de la vida, en la agonía lenta y espantosa de una y una gota, todo el barro, la luz y el éter de la sublime trinidad Carne, Cerebro y Espíritu, ver enturbiarse el éter, palidecer la luz con el vaho horrendo de un deseo imposible, que asciende sin cesar, buscando inutilmente en Dios y en los mundos espacio para su grandeza. Y abatir la frente estigmatizada y en la hoguera de un ansia inextinguible, ir consumiendo poco a poco, átomo por átomo nuestro ser, para que el anhelo de belleza, hecho esencia, se diluya en las alturas luminosas y tome formas nuevas en la mente creadora. Y sentirse más solo cada vez y día a día agonizar en este trozo de carne, para renacer enorme en la vibración universal.

Y al alzar de los mundos del espíritu los ojos cargados de visiones, tener miedo de mirar, por no ver un universo en cada cosa, por no sentir el vértigo de querer diluirnos en todo para nacer de nuevo y de huir de todo para no morir.

Tal vieron mis ojos, cuando en mística y sobrehu-

mana peregrinación, llevaron la alucinación de mi espíritu y el suplicio de mi cerebro por el blanco camino de este libro, donde el poeta para que no me extraviara, me fué dejando el ritmo de su música interior armoniosa y nueva.

Yo que ya encontré mi vida y que vivo auscultando serenamente en el alma moderna, que flota deforme y diluída en el concierto de la vida eterna e inmutable, he sentido el extravío de esta extraña y desconocida complicación.

Por eso reclamo para este poeta el título de orijinal y lo reclamo de los pocos pensadores que en Chile pueden vanagloriarse de haber evolucionado dentro de su propia personalidad, porque ellos serán los únicos capaces de comprender que por la herida abierta al grito de su corazón, filtraron los filamentos sutiles que vagan en los seres y las cosas, como filtra la música triunfal de la luz por la rendija de la puerta que mantiene en el silencio y la penumbra los secretos de la alcoba.

De los otros, nada reclamo, porque nada podrían darme. Ellos, los que en vez de curar han agravado su miopía natural, con el uso inmoderado de lentes

—que en otros fueron pupilas de superior visual—buscarán entre su abundante y variada colección el lente de la marca más acreditada para colocarlo delante de los ojos claros y serenos de este poeta. Y harán bien; que siempre el hombre dudará de lo que está fuera del límite de su comprensión o de lo que fué un fracaso en la prueba experimental.

Tampoco reclamo este título de los pontífices solemnes de nuestra literatura, poseedores de la verdad absoluta e inmutable y guardadores e intérpretes infalibles de las leyes con que pretenden aprisionar la intangibilidad de las ideas y modelar las formas caprichosas, infinitas y mudantes de la belleza. Si a tanto llegara mi osadía, ellos, rasgando la majestad de sus vestiduras, dirían que blasfemaba contra la divinidad de sus ídolos y arrojarían sobre este libro el estigma oprobioso de su iracunda sabiduría, con la misma insolencia con que Pilatos arrojó la pregunta formidable, que aun no ha sido contestada, sobre el único y sublime silencio de Jesús.

No ignoro que será escasa la compañía, pero con ella me quedo. Prefiero un Shakespeare, envuelto en la austeridad de su capa raída al roce de los siglos

viajeros, a estos flamantes literatos, con sus trajes multicolores, hechos en alguna sastrería de moda, al gusto del cortador importado.

La incomprensión, ¿qué importa? Este libro, como toda obra humana, cumplirá totalmente su destino. Nadie podrá impedirlo. El mundo no se detendrá para aguardar a que se acerquen los que quedaron rezagados. Todos pasarán fatalmente por la misma senda, pero es ley de equilibrio y de armonía que unos precedan a los otros en la marcha. Nadie carece de luz; todos, hasta los más ciegos, ven; sin embargo, la luz que abajo llega débil e impura, no tiene la misma transparencia de la que en la altura es nitidez, sabiduría y verdad; y su color que a distancia se diluye tomando matices diversos, es un solo y único matiz en la fuente de donde emana.

El hombre es una sombra en la aurora sucesiva de la evolución, y seguirá siendo sombra mientras sobre el plano en que se opera el milagro de su desdoblamiento, caiga más pura y más viva la luz que viene de los planos superiores.

Entre tanto el mundo sigue estremeciéndose con los temblores de un formidable anunciamiento.

Angel Cruchaga entrega toda su vida en este libro y como un puñado de oro purísimo la arroja a la hoguera donde se funden las ideas de todas las edades, que habrán de vaciarse como en un crisol en el cerebro del genio prodigioso que se aproxima.

Este holocausto voluntario y total del poeta parecerá un absurdo a la incomprensión; pero no lo será para los que tienen fe en la propia resurrección, para los que están abreviando el tiempo, a cuya expiración, un hombre vendrá a vivir por todos los hombres que fueron, el último día de la evolución, que será el primero de otro universo, que acaso ya sea una palpitación en la mente fecunda y portentosa de Dios.

Cultivadores de ideas en la tierra blanca de la luna: a la vuelta de esta hoja que la inquietud de un triunfo hace ondular, hondo, doloroso y nuevo, un gran poeta aguarda; y mi hidalga cortesía se adelanta a saludar en vuestro nombre su llegada.

Tomás Gabriel CHAZAL.

LA SOMBRA ARMONIOSA

Angel Cruchaga entrega toda su vida en este libro y como un puñado de oro purísimo la arroja a la hoguera donde se funden las ideas de todas las edades, que habrán de vaciarse como en un crisol en el cerebro del genio prodigioso que se aproxima.

Este holocausto voluntario y total del poeta parecerá un absurdo a la incomprensión; pero no lo será para los que tienen fe en la propia resurrección, para los que están abreviando el tiempo, a cuya expiración, un hombre vendrá a vivir por todos los hombres que fueron, el último día de la evolución, que será el primero de otro universo, que acaso ya sea una palpitación en la mente fecunda y portentosa de Dios.

Cultivadores de ideas en la tierra blanca de la luna: a la vuelta de esta hoja que la inquietud de un triunfo hace ondular, hondo, doloroso y nuevo, un gran poeta aguarda; y mi hidalga cortesía se adelanta a saludar en vuestro nombre su llegada.

Tomás Gabriel CHAZAL.

LA SOMBRA ARMONIOSA

HUMEDAD

En la pieza he sentido la humedad
de la tierra benigna, como un soplo
que trajera la muerte.
Es la humedad que sentirá la estrella,
las almas que analizan
el desenvolvimiento de las cosas
en la malla indecisa del silencio.
Humedad de los huesos
que atormenta la luz y el imposible.
La humedad de ser triste

como un camino abandonado y hosco
donde se recuestan las neblinas,
esas mujeres lánguidas y enfermas.
En mi pieza en penumbra se doblega
un soplo de humedad, como una mano
fría que se acerca a nuestra carne,
la mano de un espíritu
que buscara la vida
para disolverla entre sus dedos.
Contemplo las imágenes
de la pared, y las encuentro tristes,
como sintiendo miedo de la muerte.
He mirado las sombras
buscando unas pupilas,
y en las manos frías, como un soplo
he tenido temblando
la onda de su alma.

MI SOMBRA

Mi sombra en la pared parece triste,
como la sombra que dejara un muerto.
¡Oh sombra atormentada
por el padecimiento de mi vida!
Cuando los amigos me abandonen
parecerás más débil y doliente,
y tendrás el temblor de la agonía
en el silencio azul de las callejas.
Amiga que me sigues
para decirme frases que me alivian.

Amiga, me conversas
del brote de los árboles,
de las luces dolientes de las calles,
de Dios, que me contempla
en el florecimiento de las cosas
y en los ojos cristianos de mi madre.
¡Oh sombra atormentada
la que brotó de mi cerebro triste!
Como un sueño de Dios en el silencio
de mi carne de luz y de neblina,
semeja un velo azul,
y cubre las heridas de Jesús.

A MIS PADRES

Yo fuí el arbusto tímido
que brotó de la savia
de vuestra vida noble y silenciosa.
Yo fuí como el mendigo
a quien vosotros estrecháis la mano:
el mendigo doliente
que embelleció de luz y de tristeza.

En la nada triste de mi ser
siento las raíces de vosotros

y quisiera ser bueno,
como la luz y el agua que se entregan
en los campos dormidos
a los besos alegres de la tierra.

Quisiera ser la tarde
para vendar los males del poeta
con las solemnidades de la hora.
Pero es mi vida pobre. En la miseria,
como un anciano caminó mi espíritu
hacia el arco de luz del imposible,
en la ciudad azul de la locura
donde ríen los labios del misterio.

Yo fuí el arbusto tímido
que brotó de la savia
de vuestra vida noble y silenciosa:
plena del Dios que se encarnó en la hostia
y de la virgen que aromó el pesebre.

BROTES DE LUZ

Al mirar los naranjos que tienen brotes nuevos,
he recordado a Dios, a unos ojos azules
y he sentido la blanca alegría del agua.
Como la dulzura de los convalecientes,
un cansancio de amor, de luz y de silencio.
En la serenidad de los árboles miro
castidades que duermen alejadas del cielo.
Los brotes nuevos son alegres como niños,
y se ríen del sol, del crepúsculo azul
y de los amoríos serenos de las aves

y en la noche se doblan como sintiendo sueño
y contemplando el cielo parece que se hunden
durmiendo, en la inquietud de luz de las estrellas.
Los brotes nuevos son alegres como niños.

DEL ABANDONO

Acaso en la mañana blanca del ataud,
cuando estés amarilla, mordida por gusanos,
sollocen mis campanas, locas de juventud,
por la enorme distancia de tu rostro y tus manos.

Acaso en un silencio aromado en virtud,
mi alma—la niña triste de ideales sobrehumanos—
se muera entre los brazos de tu cruz. La inquietud
florece en la cadena de mis días malsanos.

Cuando pienso en la angustia interior de quererte.
cuando en el milagro extraño de la muerte
se junte mi imposible al imposible eterno,

como última sonrisa, mi vida desgraciada
será un blanco satélite de la tuya cansada,
allá por las sangrientas auroras del infierno.

ESPÍRITU

En esta hora prolongada y triste
tu recuerdo retoña en la agonía
blanca del corazón, lleno de luna.

Alzaré mi cantar como los fuegos
fatuos, que se alzan de las sepulturas;
el cantar impreciso, por el pálido
vivir que se prolonga y que me hastía,
porque no veo tus pupilas claras,

si tu rostro está pálido o sonríes
dolientemente como yo. Tus ojos
en el desgarramiento de mis horas,
dejan un lloro silencioso y hondo.
Siento nostalgias de tus manos finas,
—manos que no besó mi corazón;—
de ellas, las pequeñitas y dolientes,
las que se mueren en las horas tristes
en que se acerca el imposible. Acaso
la esquila de tu amor vibra lejana:
que me llame, que ponga en el silencio
espiritual y blanco de mi vida,
como una vibración interminable.

En esta hora prolongada y triste,
vengo de los caminos del espíritu,
más allá de la tierra del misterio:
vengo de la tarde sin crepúsculo,
donde todo se muere en un aroma
de virgen y de estrella...

¿Y se queja por mí la voz agónica
de la campana de tu corazón?
¿Y aquel abatimiento de tus ojos?
¿Y las amarilleces de tu cara
del color de los huesos? Y te inclinas
llorando con el rostro entre las manos.
Y el amarillo campo de la nada
brilla con el fulgor de tus cabellos

Y siento disolverse mi cerebro
en una lejanía que tú aromas.
Miro de tan allá... de los linderos
desconocidos de una vida extraña.

¡Ojos de la imposible, ojos azules!
¿Lloraréis mi doliente lejanía?
¿Y allá, en la mansedumbre del silencio,
se crisparán las manos dolorosas?

Cabellera que pone en la penumbra
de mi mal, una nube luminosa:
una constelación. ¡Oh cabellera!
sobre la cual mi corazón deseara
morirse lentamente, como una
música que agoniza y se disuelve.

SILENCIO MÍO

Silencio mío, lecho donde puedo dormir;
jamás te turbaría mi voz desencantada:
mi corazón, tu amigo, busca para morir
ese camino muerto que conduce a la nada.

Silencio, me pareces una mujer muy fina
cuyo cuerpo abrazamos y el corazón no siente:
impreciso perfume de luz y de neblina
que besa nuestro espíritu y se va en el ambiente.

En ti agoniza todo en el sueño volcado;
se disuelve lo impuro de la carne dormida
y en virtud luminosa se convierte el pecado,
y la estrella no tiembla y se esconde la vida.

Silencio, tú en mi pieza te acercas con la vaga
apariencia que tienen las mujeres que han muerto:
vienes como una sombra y mi cuerpo naufraga
en tu lecho insensible, como un sepulcro abierto.

Silencio, por ti he visto la mirada de Dios;
tu adormeces mi angustia como una madre buena:
aquietas mis paisajes y diluyes la voz
de la vida, en las calles donde el vulgo envenena.

Y cuando esté amarillo sobre el lecho, insensible,
tú me darás la mano de luz y de neblina:
mis ojos muy abiertos verán el imposible
y Dios y las estrellas vendrán a mi retina.

PADECIMIENTO

La falta de tus pupilas
cuanto sintieron mis huesos!
Pensando en tu cabellera
agoniza mi cerebro
y el corazón se reclina
en la almohada del silencio.
Un agua fría, muy fría
va cayendo en mi cerebro.

Mis manos quieren morir
al saber tu alejamiento

y parecen dos enfermas
que obedecieran a un muerto.
Por tus pupilas azules,
siento la angustia en mis huesos
y sufren en la penumbra
mis ojos y mis cabellos.
Un agua fría, muy fría
va cayendo en mi cerebro.

Pone el sol sus ironías
luminosas en los vidrios,
y el *yo* se va de la vida
como un doliente mendigo
y pesa el cuerpo angustiado
al moverse en el camino.
Sólo esperan las pupilas:
dos espectros que están vivos
en el silencio del cuarto,
viendo mi desequilibrio.
Y la presienten mis manos.

Se acercará como un ritmo
sobre mis ojos abiertos,
sobre mi cuerpo dormido.
Y sentirá mi cerebro
el sufrimiento infinito
de las raíces que brotan
y de quedarse florido.

LOS OJOS HUMILDES

SILENCIOSAMENTE

Los dos, callados dolorosamente,
en la penumbra del silencio. Acaso
tú me verás en los bohemios tristes,
de pupilas lejanas y abstraídas;
en los artistas de semblantes pálidos
que saben sonreir con abandono,
con toda su doliente aristocracia.
Yo te veré en las niñas luminosas;
en los ojos azules que desmayan;
en la tristeza de las manos lánguidas
y en las cruces amigas de los templos,

Y nunca te hablaré. Como neblina
ha de flotar la seda del silencio
sobre nuestros cabellos; y el espíritu
se alegrará en la aurora de la luna
y en los ojos alegres de los niños.

Y cada día rodará doliente
y alargará su curso en la penumbra.
Y en los momentos de dormir, tus ojos
se unirán a los míos que te buscan
en la fatalidad del abandono.

Y tendrás que reir. Serás alegre
para la gente idiota; y una máscara
tendrá tu corazón... y reiremos.

LOCURA

Cuando estoy en el lecho con los ojos abiertos
diviso tu vestido de sombra y de humedad:
vienes de los rincones, de esos cerebros muertos
que dejaron de pensar.

Locura, te sonríes con una risa fuerte,
que no ha tenido nunca una mujer terrena,
y siento tus pisadas resonar en la muerte
como el ruido muy débil de un pie sobre la arena.

Locura, en el jardín haces crujir tus huesos.
Arrancan los espíritus que se acercan a verme
y hay en mi un balbuceo de los últimos rezos
y mi espíritu sufre sin poder conocerme.

¡Oh los miembros que esperan unos ojos irreales
para sentir la vida que se pudre y no sana!
¡Oh locura, doncella de ojos espirituales,
aproxímame al sol y aroma la mañana.

¡Oh locura, me agradan tus movimientos finos.
Tú no has sentido nunca celos de mi imposible.
Das sombra al corazón, cuando va en los caminos,
bajo Dios que lo mira con el rostro impasible.

Locura, reverencias mi amor y te arrodillas
ante mi finamente con la humildad del siervo
y afinan mis cabellos tus manos amarillas.
¡Oh! tus manos fatales son las alas del cuervo.

¡SU PASO!

En mi largo morir ella se acerca,
perfumando la onda del silencio,
donde flota el aliento de la muerte.
Sus manos impalpables acarician
mi cabellera dolorosa y triste...
Y todo languidece en la penumbra.

Mi vida se reclina como un niño
enfermo, de lo vago y de lo eterno

Tras los cristales de la pieza obscura
la vida se durmió como una música
en las calles monótonas y tristes.
En el silencio de la pieza, débil
vibra mi corazón lejanamente,
pareciendo alejarse de mi cuerpo.

Y sus ojos azules en la sombra
conversan de la luna del camino,
y siento que mi carne se disuelve,
como aroma que trepa en el vacío
y me duele el cerebro, con la angustia
de otro corazón.

CREPÚSCULO

Y seguirán los días, y tus ojos
pondrán en la penumbra del silencio
la luminosa santidad de una hostia.
Mi sensibilidad y mi abandono,
harán gemir la flor en los jardines;
y el agua cantará sobre los mármoles
en las tardes azules y tranquilas;
y al verme sólo, grande y doloroso
sorprenderé la vida de las cosas;
del árbol que se eleva hacia la luna;

del camino que sufre; del pantano
que quisiera ser puro y transparente.
Solo en la pieza donde todo es triste,
envuelto en las volutas de mis versos,
buscaré tus pupilas en la sombra,
y vibrará mi corazón.

Mi vida
por tí, será de luna y de agonía.
Alargaré mis brazos como náufragos
para alcanzar tu sombra que se aleja,
con el temblor de seda de las vírgenes

Y en el silencio del amor, mis ojos
vagarán por el campo de la nada,
en la solemnidad de los crepúsculos,
cüando las pinturas enrojecen
en los salones tristes...

LUMINOSA

¿Qué la duquesa es mala? Es santa la duquesa.
Por ella no he querido matarme todavía:
ella trae jazmines que perfuman mi pieza,
y canta alegremente para que me sonría.

Sí; es santa. Si acaricio su dorada cabeza,
siento como susurros en mi ánima vacía;
y se aquieta el enorme lago de mi tristeza,
donde, como una muerta, flota mi poesía.

La duquesa perfuma todas mis soledades.
Los caminos para ella florecen claridades...
y su vestido blanco aclara mi agonía.

Cuando me desespero, sus manos luminosas,
juegan sobre mi espíritu, como dos mariposas.
¡Por ella no he querido matarme todavía!

¡OH CEREBRO DOLIENTE!

¡Oh cerebro doliente que analizas la hora,
la estrella, la sonrisa y los tonos del día!
¡Oh cerebro doliente, donde duerme la aurora
y cantan las campanas de mi última agonía!

¡Oh cerebro doliente, analítico y claro!
¡Oh timón luminoso de una barca que boga
por un mar negro y sólo, donde parece un faro
la luna que a lo léjos resplandece y se ahoga!

¡Oh cerebro que exploras el campo de la nada
y ahondas en la vaga neblina del misterio!
Tú sabes de la muerte: desgarró tu mirada
más allá de los huesos del blanco cementerio.

Tú conoces lo real y lo desconocido,
donde el ruido enmudece y las alas empiezan;
donde Dios se levanta como un árbol florido,
donde cantan los ángeles y las vírgenes rezan.

Tú que ves en la sombra las cosas imprevistas:
pupilas que nos miran; astros desconocidos,
blancas constelaciones, sueños de los artistas
y vírgenes que aroman paraísos perdidos.

Tú has visto las pupilas de Dios sobre las cosas
en la estrella que tiembla, en la sombra que besa,

en la madre que mira, en manos temblorosas
y como una aureola, flotar en la tristeza.

¡Oh cerebro doliente que analizas la hora,
la estrella, la sonrisa y los tonos del dia.
¡Oh cerebro doliente, donde duerme la aurora
y cantan las campanas de mi última agonía!

LUZ...

Ven a mi silencio

Hermanita pequeña:
acércate a la sombra de mi vida;
permite que mis manos amarillas
se santifiquen en tu cabellera:
mis manos que se alargan,
desgarradoramente en la penumbra.
Hermanita pequeña:
deja mirar tus ojos que sonríen,
porque no saben nada de la vida:
porque ves que te besan

y hay luz en los jardines
y mucha compasión para los niños.
Deja mirar tus ojos
con los míos enfermos de fastidio
y háblame de Dios para que crea.
Y en las noches eternas
cuando siento el cerebro
morirse en un dolor inacabable,
junta tus manos finas
y rézale a la virgen
por la agonía del hermano triste,
que siente que el espíritu se aleja
con los ojos abiertos en la muerte.

LOS CAMINOS

Los caminos ondulan en las lejanías;
los caminos se alargan como un sufrimiento:
sobre ellos se mueren cansados los días
amarillos y tristes del aburrimiento.

Los caminos que tienen un árbol en flor;
una sombra que cae como una caricia;
los caminos benditos por Nuestro Señor:
los caminos son puros como una novicia.

Caminos que alegra la esquila sonora,
por donde vagamos un atardecer,
mientras desmayada moría la hora
de tonos azules, fragante a mujer.

Caminos que vieron sus ojos perdidos,
más allá de todo... más allá de todo;
sus ojos lejanos, sus ojos floridos
que alzaban estrellas divinas del lodo.

Caminos perdidos, lánguidos y buenos
por donde, amarilla, muerta pasará:
cerrados los ojos, dormidos los senos
con la transparencia de la eternidad.

DE MI IGLESIA

LA VIDA MUERTA

La vida languidece en los rincones,
como araña que busca las tinieblas
y teje fatalmente los minutos.
.....
.....
¡Oh mujer imposible que se duerme
en las playas de acero del enigma;
los ojos se cansaron de esperarla
y se volvieron mansos en la sombra.
La alegría se fué como una música

desvanecida lamentablemente;
los actos bondadosos se durmieron
como frutos maduros en el árbol,
esperando la mano del silencio
y los labios abiertos del amigo.
Los movimientos débiles del cuerpo
tienen fatalidades y son tristes,
como el paso impreciso de los ciegos.
Las pupilas quedaron resignadas,
como los santos graves de la iglesia
eternamente extáticos. Las manos—
dos niños inexpertos—se movieron
en locas correrías, sin objeto.
La vida es vieja y nueva; los minutos
crecieron como yerbas espontáneas
y cuando el sol me bautizó el espíritu
rió los regocijos infantiles.

A VIVIR

No he visto sus pupilas ni he sentido su halago.
Las horas se doblegan sobre mi corazón;
y todo es tan lejano, indiferente y vago,
que semeja mi vida un ciego en un rincon.

Mi silencio de seda espera la fragancia
de su risa, que vuela como una mariposa.
¿Dónde están sus pupilas? Morirá en la distancia
como pintura antigua encantada y borrosa.

¿Y la hora lejana y blanca de morir
no se acerca al silencio? Seguirán las mañanas,
y será una ironía cada alegre lucir
del sol en los cristales de las pobres ventanas.

Acaso alguna tarde tercamente aburrida,
su silueta en la hora doliente y desmayada,
deje un perfume vago de muerte y despedida
el último perfume que se elevó en su almohada.

Y pasará a mi lado. Miraré sus pupilas:
se hundirán en mi espíritu como anclas luminosas.
Será la tarde de oro. Las almas intranquilas
verán la indiferencia maligna de las cosas.

Doblará lentamente la dorada cabeza
y dejará un perfume y pasará sonriendo.
...Y seguiré viviendo... y seguiré viviendo...

LA VOZ QUE VIENE

Y tus ojos azules en las páginas,
sentirán la agonía de mi espíritu
en un largo morir maravilloso.
Tus ojos me verán como un mendigo
que ha juntado los párpados y tiembla,
sujetando la luz de las visiones,
que en la carne se duermen como niños
que sienten miedo de los ojos malos.

En tu mano mi vida fue el maduro
fruto desprendido en el silencio.

Se consumió mi sangre bellamente
en el lento cedazo de mi sombra.

Tú veras el dolor de los minutos
que en mis versos se ajitan naufragando
en un cáliz de estrellas, mi cerebro;
Tú verás el impulso de mi vida
exangüe, que te busca en el sijilo
donde pasó tu pie como un aroma.

Para ti fue mi corazón un mudo,
que puso las preguntas en los ojos
y en las manos, enfermas de esperarte.

Fuí débil como el perro que se encorva
y que tiene los ojos ahondados
de pensar en las cosas.

DEL MOMENTO ÚLTIMO

Una hora imprecisa. El cerebro dormía.
Quise entreabrir los ojos; fué inútil el intento;
y mi espíritu vió la postrera agonía
de mi cuerpo, gusano frío y amarillento.

Y no temió el espíritu; fue como una alegría
ver la vida muriéndose de refinamiento,
mientras el silencio de la pieza se abría
como un ataud en la quietud del momento

En los párpados muertos sentí la caridad
de sus ojos azules plenos de castidad,
de sus ojos mirándome en la nada, perdidos,
y sentí la impresión del árbol que se marchita.
Abrió la eternidad su bóveda infinita
y uno a uno cayeron ante Dios mis sentidos

PURIFICACION

Purificarme en Dios como un asceta
y esperar en silencio la venida
de alguna aparición inevitable.
Juntar los párpados: esos dos amigos
que me impiden mirar el movimiento
de las cosas vulgares y confusas
que ponen un cilicio en las retinas;
dejar las manos en quietud caídas
en un sueño impreciso que modele
la nebulosa azul de lo futuro.

Purificarme en Dios, como el espíritu
de la tarde, que en él se purifica;
ser como una llama ondulatoria
que se alce al movimiento de la estrella
y que al mirarla tiemble el imposible.
Y tener la blancura de Jesús
en el momento de las bendiciones,
cuando la luz fluía de sus manos.
Que la nada enfermiza de la carne
sea como un cristal donde se miren
las pupilas abiertas del momento.

¡Oh cilicio de verla en la maraña
de los acontecimientos que se acercan
y no tener la santidad del agua
para darla un vestido luminoso.
Purificarme para merecerla:
ser torrente interior clarificado
por el contacto de los pensamientos.

ESCALA DE LUZ

¡Oh mi escala de luz sobre la nada,
escala sostenida por los actos
tendida sobre las interrogaciones
para auscultar la luz del imposible.
Escala donde el pie de Jesucristo
jamás se mancharía en maleficio.
¡Oh escala del espíritu intangible
por donde se deslizan las ideas;
pálida hilera de crucificados
reverentemente silenciosos.

¡Oh mi escala de luz, desmenuzada
en la agonía de un momento loco
por una carcajada de la sombra!
¿Y el apoyo de Dios? La poesía
de los ojos azules del maestro
tiene la gracia de los libros viejos
que me hicieron llorar cuando era niño,
la gracia azul de los caminos buenos
donde hay una alegría momentánea
para los ojos que ahondó el fastidio,
para las manos que afinó la sombra

.....

¡Oh mi escala de luz! Todas las horas
unidas de la mano se juntaron
para extenderte sobre mi futuro
como un puente de seda hacia el enigma,
donde las telarañas del silencio
han tejido los actos del mañana
bajo la vista de Jesús que piensa.

JUNTO AL MURO

A MI FUTURO AGONIZANTE

Antes de llegar vïenes herido
afirmando tus manos en el muro
maravilloso de lo prohibido,
como un agonizante. ¡Oh mi futuro!

Aniquilado sin haber nacido,
como el aborto de un planeta obscuro
que no fué realidad en el latido
milagroso de Dios. ¡Oh mi futuro!

No alcanzarás a verme las retinas
que tienen los matices de las ruinas.
Morirás sin llegar a mis umbrales.

No juntarás tu cuerpo con el mío;
te irás despedazando en el vacío
bajo los firmamentos infernales.

REVERENTEMENTE

Tu rostro en el silencio definido,
con una lenta suavidad de orfebre,
sobre el claro holocausto de mi vida,
tiene el prestigio de una madre joven,
bella, maravillosa y silenciosa.

Mi refinamiento es un inválido,
lisiado por la luz de los minutos
y el éxtasis continuo de la sombra,

donde ponen los ojos santidades
de niño triste y de convalesciente.

Tu rostro en el silencio definido,
tiene el prestigio de la madre pobre
y el vago aroma de la hermana muerta,
que mira de soslayo, tras la onda
del silencio monstruoso.

Cuando busco tu rostro, mis virtudes
se adivinan más débiles y humildes
y encorvadas se acercan a la vida,
en un lento desfile de mendigos.

Y persigo tu rostro en el silencio
como el eco punzante de una voz,
persiguiendo la sombra de una virgen.

Y no estás en el agua desmayada,
ni en la paz femenina de la hostia...

Para verte mi carne se disuelve
y las manos se duermen como ancianos.

Tu rostro en el silencio se define
en los ojos solemnes de mi madre,
cuando sufre mirándome los ojos.

DEL RUMOR OCULTO

Sobre el regocijo sabio de mi virtud,
de ser todo el silencio que no han violado aun,
las voces terrenales ni el vuelo de la luz
esperan las mortajas de mi decrepitud.

En el nocturno miedo, soy huraño y sutil
y río con las muecas que ahondan el morir
y entrego mis virtudes a la luz del jardín!
¿Me conoces aun? Me he empezado a podrir.

Sobre la aldea augusta de mi serenidad,
tu vida se disuelve como un viento de paz
y vibras en mi ser como un débil cristal,
que agitara una mano convulsa al espirar.

LA VIDA AÚN

Desolación enorme,
como si un hijo mío se muriera—
el primero,—el todo de mi sangre.

Lamentablemente silencioso,
sentí los pasos de lo inevitable.

Con los ojos extáticos y agudos,
lejanos a la pompa de la vida,

contemplé la agonía de mi carne,
el rostro taciturno de las cosas
y Dios que se alejaba de mi suerte
temiendo que mi mal lo lastimase.

No podían los árboles floridos
abrazar el milagro de mi espíritu,
caritativos, con sus ramas tiernas,
como los brazos de las madres jóvenes.

No podía el camino resignado
decirme sus parábolas cristianas;
y todos mis sentidos se alejaban
temblando hasta unos ojos.

Y lloré en la oquedad de mi penumbra
y apreté mi cilicio luminoso,

como si abrazara una reliquia
y a Dios maravillado, en su silencio.

Ya la carne murió sobre mi lecho
y mi espíritu vibra como el agua,
para alegrar los ojos de mi madre.

MOMENTO HONDO

Los niños bulliciosos corren por los sembrados
y el sol se vuelve alegre y se encanta de todo.
Un regocijo sabio, aclara mis pecados
y se duerme mi vida exhausta en un recodo.

¡Oh claridad del musgo que das serenidades,
cual la mirada fuerte de algun asceta anciano!
Sollozan en la luz las muertas castidades
y siento la vergüenza de adivinarme humano.

La armoniosa algazara sigue las golondrinas
azules en el sol destrozado y benigno.
De majestad se inundan los niños, las colinas
y en medio de las cosas me considero indigno.

Un regocijo aclara las cosas; un bullicio
reviste las flaquezas de castas vestiduras.
El sol sobre la muerte ha perdonado el vicio.
¡Oh padre que comprendes las acciones impuras!

Crepúsculo. Las manos se alegran; un impulso
extraño las anima al vuelo, al movimiento.
Mi corazón, amada, es el niño convulso
que corre por el hosco camino ceniciento.

Cógele en el vivir de estos momentos graves;
después será un podrido impulso de la muerte.
¿Mañana? Las estrellas muertas sobre las naves
de las horas enfermas. No puedo aborrecerte.

PARA EL AMIGO

Me sereno y sonrío. Mis palabras
únicas, serán para el amigo
que adivinó en mis ojos el silencio
augusto de los montes serenados,
en la lumbre de Dios que santifica
los labios juntos y los ojos tristes,
que se quedaron quietos en la espera
del milagro sutil, que se resbala
de una mano benigna que no vemos.

El amigo que vió serenamente
mi sombra reflejarse contra el cielo,
como la sombra de una torre trémula,
y escuchó en el crepúsculo apacible
el murmullo del eco de mi vida,
que van desmenuzando los minutos.

Para él, mis palabras eran ténues
y se iban suavizando por el aire
de un abismo despierto.
Los otros, los vulgares, se reían
con la pobre demencia del humano.
¡Oh la santa virtud de los caminos
ignorados y solos, que se duermen
sin mostrar su bondad tranquilizada
en el silencio enorme del crepúsculo.

El amigo miraba los caminos
taciturnos, que se hunden en la aldea

maravillosa de mis pensamientos,
donde bajan los actos como nubes,
para llevar la luz y el regocijo
a los ojos humildes de los buenos
que no dañan el agua del hermano.

El amigo sabía las palabras,
antes que mis labios las dijeran;
y descendió en el pozo de mi vida,
miedosa de saberse descubierta.
Las acciones venían a los ojos,
esbeltas y desnudas, sonriendo
con la gracia sedante de los niños.
Las miraba el amigo, silenciosas
y finas caminar seguramente,
junto a Dios que sufría en las retinas
la luz de ser tan grande.

EL ABISMO SIN LUZ

La oquedad infinita del abismo
donde fueron los dioses impotentes,
para morir, vencidos, con las manos
podridas de miseria y las pupilas
ancladas en el golfo de la muerte.

El abismo sin límites, la cuna
que mece corazones que no se abren
en los senos nerviosos de las madres.

Abismo que recoje las palabras
locas, que se van por los caminos
con los brazos abiertos a las cruces
que forman las estrellas, en el rezo
divino y armonioso de la noche.

El abismo melódico se aclara,
cuando tiemblan los pasos de una virgen,
pasos que sienten el suplicio enorme
de no volver atrás, donde agonizan
los ojos claros del hermano triste.

Lucifer—el señor de las hogueras—
realza su perfil en el abismo
y tiene la bondad del sufrimiento
en la angustia suprema de los huesos,
que sueñan disolverse.

El abismo sin término. La onda
sin color de la muerte, se desploma

en el surco, tranquila, como un ritmo,
de la venas de Dios.

Los planetas hundidos en la sombra,
como enormes volcanes apagados.
presentan al vacío sus aristas,
privadas de la luz maravillosa.

El terrible rumor de las trompetas
en el Juicio Final, será una música,
que brote de las sombras de los muertos
y vibre en los Arcángeles sutiles
en la hora tremenda de los huesos.

El abismo sin luz, la playa turbia
donde todo timón se despedaza;
el abismo sin luz, la blanda cuna,
donde enrosca el silencio sus cabellos
sobre el cráneo sonoro de la vida.

EL ÚLTIMO UMBRAL

¿SU VIDA?

Hace ruido mi sombra detrás de mi cerebro
y sigo por las calles hundido en el momento,
y ya no me conozco ¿de quién será mi cuerpo?
¿de algún desconocido que vino del infierno?
¡Oh sombra que me eclipsas!
Escucho el tembloroso corazón de tu aliento;
me muerden las arañas frías de tus cabellos.

Y creo que soy yo, porque he pensado en Ti,
arco del imposible, que pasaré al morir,

regio de maravillas, con el paso infantil
y enorme y armonioso, porque he sido infeliz.
Y creo que soy yo, porque he pensado en Ti.

No sé como me llamo, ni recuerdo mi voz;
pero siento la tuya, como algo que murió,
y la escucha mi muerte como una vibración
lejana y apacible del ala del Señor.
No sé como me llamo ni recuerdo mi voz.

No me pierdo en las calles, porque dejó mi mal
una huella de Ti, de tu serenidad.
¡Oh las huellas azules que esperándome están,
como todos las madres que respirasen paz
y unidas de la mano me sintieran pasar;
Oh las huellas azules que esperándome están!

LOS RINCONES

Ellos parecen los ancianos tristes
que se quedaron ciegos, en quietud
y no hablaron con nadie.

Ellos sienten la voz que se reune
como un haz de puñales en los cuartos
y aspiran el perfume,
que brota de los ojos virginales.

¡Oh, los rincones fríos que vigilan,
como la sombra de los padres muertos!
Ellos son los humildes y los tristes,
que alegra la sonrisa de los niños
y el claro corazón de las campanas.

La luz en los rincones se fatiga:
la luz teme morir sobre el tejido
débil y obscuro de las telarañas.

¡Oh rincones amigos,
mi taciturno corazón os busca,
cuando la carne echada se fastidia
de no sentirse débil.

CON LOS PÁRPADOS JUNTOS

Contempla mis extrañas actitudes
y mira el retroceso de mi vida.
¿Nó has sentido mi sombra en tus dominios?
Debe llorar la muerte de mi cuerpo.
Tanto me alejé de los humanos,
que no conozco ni mi voz; mis pasos
parecen de un extraño que se acerca,
y tu silueta blonda es un enigma:
¿La novia de un amigo? Y desfallezco
porque sonríes en la hermana muerta.

¡Oh desvanecimiento de mi carne,
afán de los umbrales taciturnos
donde la muerte su perfil realza,
ese perfil gemelo con el mío!
¿Y se pueden temer a los hermanos?
Tu regocijo del momento claro,
Tú que miraste los instintos muertos,
que aventaron al soplo del infierno
las alas atrevidas de los cuervos.

¡Oh torre de la luz y del prodigio!
Con los párpados juntos te conozco;
me acerco a tus dominios, vacilante,
herido por los siglos de los siglos,
como un lucero que azotó Luzbel
y rueda al corazón de Jesucristo.
¿Te ríes de los juegos de los niños?

LAS RAICES

¡Oh raíces, mineros de la tierra,
que buscáis algo nuevo, en la apacible
región de un limbo obscuro y milagroso,
para decirlo riendo en la alegría
serena de los brotes, y en el ruido
de la savia potente que circula
por las venas del mundo!

¡Oh raíces hundidas en mi carne,
auscultando el momento luminoso

de mirar una nueva maravillla
que abra los ojos sabios!
Raíces, apacibles caminantes,
cansados de vagar en el silencio
obscuro de la tierra. Las estrellas
no han visto vuestros pasos diminutos
y humildes, en la mística modestia
de no mirar el rostro de la vida.
Los corazones saben de vosotras!
Conocen el latido imperceptible
que hace temblar el árbol, con el miedo
del niño solo, frente al cielo enorme.

¡Oh raíces, las místicas que buscan
a un Dios en el vacío de la sombra
y no miran la luz: buenas raíces,
ciegas y temblorosas en la marcha.
Cuando el agua os visita, el regocijo
sonríe en un temblor que se prolonga

en desmayos sensuales y profundos.
Rezando en el convento subterráneo
miráis la pequeñez de los humanos
y la red de sus malos pensamientos.
Vais a tientas, cansadas del cilicio
de tanto meditar, contemplativas
como las santas religiosas.

¡Oh raíces de Dios en los planetas,
laboradoras del futuro; manos
que modelan el cuerpo de la vida.
¡Oh los hombres ocultos que juntaron
los párpados del alma, en un suplicio
de Dios y de tristeza! Sus raíces
sazonan espantosas maravillas.
Raíces del silencio en los rincones
—Ocasos que interrogan a un Mesías—
que dé su sangre para redimirlos.
¡Oh raíces punzantes del cerebro,

que sienten el tormento indefinible
de las hermanas sumergidas!
¿Y mis raíces siguen en la marcha
o el curso detuvieron?

SONRÍE AL MUNDO

Tu debes sonreir, tienes un hijo;
yo no tengo unos ojos heredados
de los míos exangües y difusos.
.....
.....
Su cabellera rubia se sonríe
sobre la luz de las debilidades.
Las manos diminutas son un puente
para sentir la eternidad que tiembla.

Tú debes sonreir, tienes un hijo;
yo tengo palideces, y mi cuerpo,
disuelta la maleza de la vida,
ha perdido la sombra en el espejo.
Yo no tengo ni sombra y me sonrío.
¡Oh regocijo de los niños blondos!
¡Ojos azules de los niños débiles!
Manos diminutas, sois el triunfo
sobre mi muerte rítmica y viviente.

Tú debes sonreir, tus manos claras
sintieron la alegría del retoño,
como si el agua entrara por los dedos.
Mis manos se sonríen en tu sombra,
como dos ciegos que a la luz volvieran

Hijo que no viniste por el tosco
recinto de mi cuerpo, tus latidos

los siento, los presiento, temblorosos,
como si un miedo enorme te anudara
la luz en los umbrales de mi vida
¿Has sentido la muerte de tu padre?

ÍNDICE

PÁGS.

PARA USTED 7
PRÓLOGO 9

LA SOMBRA ARMONIOSA

Humedad 21
Mi sombra 23
A mis padres 25
Brotes de luz 27
Del abandono 29
Espíritu 31
Silencio mío 35
Padecimiento 37

PÁGS.

LOS OJOS HUMILDES

Silenciosamente..... 43
Locura..... 45
¡Su paso!..... 47
Crepúsculo..... 49
Luminosa..... 51
¡Oh cerebro doliente!..... 53
Luz..... 57
Los caminos..... 59

DE MI IGLESIA

La vida muerta..... 63
A vivir..... 65
La voz que viene..... 67
Del momento último..... 69
Purificación..... 71
Escala de luz..... 73

JUNTO AL MURO

A mi futuro agonizante..... 77
Reverentemente..... 79
Del rumor oculto..... 83

PÁGS.

La vida aun..... 85
Momento hondo..... 89
Para el amigo..... 91
El abismo sin luz..... 95

EL ÚLTIMO UMBRAL

¿Su vida?..... 101
Los rincones..... 103
Con los párpados juntos..... 105
Las raíces..... 107
Sonríe al mundo..... 111

This book is due two weeks from the last date stamped below, and if not returned or renewed at or before that time a fine of five cents a day will be incurred.

OCT 2 1929

COLUMBIA UNIVERSITY
0000151004

86C887 L

Cruchaga Santa-Maria

Las manos juntas

86C887 L

OCT 2 1929